

Porque decían muchos chapetones,  
O señores, que dijo Taguato  
Del gran ruido de las fundiciones,  
La fuerza y el concurso del contrato:  
Con las piedras mártillan argollones,  
Los golpes dellas suenan grande rato;  
Es tal en labrar oro la porfia,  
Que suena como grande herrería.

Mas Domingo Velazquez, que notaba  
Lo que la guía dijo por entero,  
Como sabio varon adivinaba  
Cuál había de ser el paradero;  
Y por no dar pasión disimulaba,  
No con simulación de hisonjero,  
Sino porque cumplía de presente  
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,  
No menos de salud que provisiones,  
Vinieron á topár con cierto salto  
De peñascos y grandes farallones;  
Do caían las aguas de mas alto,  
Y el ruido causaba confusiones,  
Allí se conoció menos prolijo  
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,  
Cerca de no les dar las aguas uso,  
Y la navegacion toda resuelta  
En se hallar Ordás allí recluso:  
Al fin determinó de dar la vuelta,  
No menos perdidoso que confuso,  
Y en breve tiempo, desde los raudales,  
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,  
La poca gente viva mal dispuesta;  
De los amargos, aunque dulces puertos,  
Procuró de sacar la que le resta;  
Y para los salados mas abiertos  
Con toda brevedad se hizo presta;  
Y desde entonces, visto que cumplía,  
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos  
Hallar alguna tierra grandiosa,  
Adonde podáis dar repartimientos  
Que sean de grandeza generosa;  
Yo sé, señor, tan inclitos asentos,  
Que con razon direis ser buena cosa,  
Donde podeis fundar pueblos potentes,  
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco  
De prepotentes pueblos y lugares,  
Desde la Trinidad á Cariaco,  
Ni desde Cumaná hasta Tagarés:  
Chichiriviche, valle mas opaco,  
Guantar, Maracapana con sus mares,  
Y Neveri, Caycarantal, Atamo,  
Provincia cada cual digna de amo.

«Hay Chacopate, hay Cumanagoto,  
Piritú, las riberas del Unare,  
Pues la fertilidad de Paragoto  
Fáltame copia con que la declare:  
Potente poblacion de Cherigoto,  
Con todo lo que dicen Mompiane,  
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,  
Y aquella gran potencia de señores.

«El feroz y terrible Turperamo,  
Y el invencible siempre Barutaima:  
El gran Guaramental, el Guayacamo,  
Canima, Guagoto, con Paraima:  
Goguaney, Perima, Periamo,  
Querequerepe, Canaruma, Guaima,  
Sin otros muchos desta circunstancia,  
Con cercas de grandísima distancia.

«Aquestos dichos fuertes ó cercados  
Tienen señeros para su defensa,  
De grosísimos árboles plantados,  
Donde la verde rama se condensa:  
Unos después de otros ordenados,  
Con mas vigor de lo que nadie piensa,  
Pues aquel gran grosor que lleva hecho  
Tiene de duracion prolijo trecho.

«Otros palenques hay mas estendidos  
En muchos destes campos y zavasas,  
No de plantas de árboles nacidos,  
Como las otras cercas mas ancianas;  
Sino de palos muy fortalecidos,  
Y cada cual con dos ó tres andanas,  
Con las cintas espesas de bejucos,  
O correosas vedras de arcabucos.

«Tienen las mas insignes poblaciones  
En unas mesas llanas asentadas,  
Debajo de los macos, ó mamones,  
Plantados por hileras ordenadas,  
Arboles de hermosas proporciones,  
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;  
Su vista da grandísimo contento,  
Y el fruto dellos es de gran sustento.

«Por montes, por zavasas, por oteros,  
Do quiera que sus pasos hombre guía,  
Hierva la gente como hormigueros,  
Tanto que no vereis cosa vacía:  
Gentiles pescas, grandes cazaderos;  
Tierra de bendición, tierra sana;  
Hay minas de oro, mantas, y hamacas  
Desde Cojégua hasta los Caracas.

«Por la costa de quien memoria hago,  
Atravesando culmen y eminencia,  
De la sierra que tiepe nada vago,  
Porque poblada es por excelencia  
Damos en Tacarigua, que es un lago  
De siete leguas de circunferencia,  
Con islas dentro, do los infieles  
Tienen jardines, huertas y verjeles.

«Si quereis que sus nombres os declare,  
Pues la memoria dellas no se escapa,  
Son Patenemo y Aniquipotare,  
Ariquibano, Guayos, Tapatapa;  
Con otras, que si alguno las hollare,  
Podría mejorar su pobre capa  
Con el oro que tienen naturales  
En joyas y preseas principales.

«Aquesta crecidísima distancia,  
Poblada de cristianos, se haría  
Un reino de grandísima sustancia,  
Dispuesto para toda granjería;  
Páreceme negocio de importancia  
Y digno de seguirse con porfia;  
Si con sus circunstancias es aceto,  
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,  
Al Ordás dió grandísimo contento;  
Y así sin responder cosa contraria,  
En esto colocó su pensamiento:  
Llegó con los navíos pues á Paria;  
Puso luego por orden el intento,  
Sin quitar deste puerto todavía  
La guarda de soldados que cumplía.

Estos soldados fueron fidedinos,  
En las cosas de guerra muy ajeos,  
Prestos en los asaltos repentinos  
A las agudas armas y consejos;  
Y en este nuevo reino son vecinos  
Algunos, aunque pocos é ya viejos,  
Como Joan de Portillo, cabal hombre,  
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuestos todos pues á la carrera,  
Procuró de enviar incontinentemente  
Al capitán Alonso de Herrera,  
A Diamaima, puerto, con la gente;  
Y él quiso caminar por la tibera  
Con pocos, que serian como veinte,  
Para que todos ellos se embarcasen  
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso  
De cumplir fielmente su concierto;  
Mas con fuerza de tiempo fortunoso  
Nunca pudo tomar el dicho puerto  
Corrió la costa bajo desgustoso,  
No hallando reparamo cubierto,  
Que Cumaná, do hizo su parada,  
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebia  
Se llevaba de aquesta pertenencia;  
Y á causa de que cuando se cogía  
El bárbaro hacia resistencia;  
Había fuerza ya, de que tenía  
Andrés de Villacorta la tenencia,  
Y en esta fortaleza recogida  
Gente de guarnicion bien proveida.

Estando pues como de los cabellos,  
Deseando huir de sus aprietos,  
La gente del Ordás holgó de vellos  
Para comunicalles sus secretos;  
Y así se rebelaron muchos dellos  
Al Herrera, perdiendo los respetos;  
Finalmente, que no por buenos modos  
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua  
Que formaban los que se vian fuera  
De los angostos barcos y del agua,  
No menos que forzados de galera:  
Prendió luego justicia de Cubagua  
Al capitán Alonso de Herrera;  
Pero por ser bien quisto de soldados,  
Soltáronlo, los ímpetus pasados.

Llegados á la playa deseada,  
Ordás con el consorcio diligente,  
Y conociendo todos que el armada  
Arribó por aquel inconveniente,  
Con boga de piraguas bien guiada  
Luego fueron en busca de la gente;  
A Cumaná llegó, do saltó luego,  
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta via,  
Ni sosegar fiel de justo peso,  
Pero Ortiz de Matienzo, que regia,  
Lo hizo dañador, y hizo lesa:  
El cual, por aquel orden que queria,  
A Castilla también lo llevó preso,  
Y así se perturbó su buen intento  
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba  
Cubagua, por aquellas pretensiones  
De los muchos esclavos que sacaba  
Destas grandes provincias y regiones;  
Y entonces y después abominaba  
De quien tenía tales intenciones;  
Y como causa fué que se estorbaba,  
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte,  
Con tantas ocasiones de tristura,  
Enfermedad le dió de mal tan fuerte,  
Y de tan poco fruto fué la cura,  
Que le llegó la hora de la muerte,  
Donde tuvo la mar por sepultura,  
Y quien en aguas sepulto sin duelo,  
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fué cortesano de gentil aviso,  
Y en todas buenas partes de belleza;  
Quien bien lo conoció dice que quiso  
Esmerarse con él naturaleza:  
Déle nuestro Señor su paraíso,  
Que es la cabal y cierta gentileza,  
Y el descanso de vida transitoria,  
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados  
Hubo, como ya dije, gran mudanza;  
Pero los nobles mas aficionados  
No dejaban de estar con esperanza,  
Que después de sus pleitos aeabados  
Había de volver con mas pujanza,  
Y como fidelísimos varones  
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza  
Muchos dellos á Paria se volvian  
A sustentar aquella fortaleza  
Entre tanto que del Ordás sabian;  
Y muchos con trabajos y pobreza  
Entre los de Cubagua residian,  
Entreteniéndose por su partido  
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,  
Llegó con gente bien aderezada  
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico  
Para perseverar en su jornada,  
Al Ordás publicando por inico  
Por la razon atrás conmemorada,  
Y á su devocion trajo brevemente  
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido  
Diciendo que el Ordás era ya muerto,  
Los unos lo tenían por fingido,  
Otros lo publicaban por muy cierto:  
Al fin Sedeño fué bien recibido  
De la mas noble gente deste puerto,  
Con los cuales pasó mas adelante,  
Y luego contaremos lo restante.

## ELEGIA X.

*Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.*

## CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razón sumaria  
Pasandome por ellas por la posta;  
Mas ya parece cosa necesaria  
Que de tres no la demos muy angosta:  
Aquestas nos demoran acia Paria,  
Y en aquellos parajes de su costa;  
Destas la Trinidad es la primera,  
Y así será desde ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo  
Y rencuentros en ella sucedidos,  
La santa Trinidad en quien bien creo  
Alumbre con su lumbré mis sentidos:  
Para que cante yo como deseo  
Hazañas de varones escogidos,  
Las fértiles riberas desta tierra  
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura  
Gasté yo por allí mis ciertos años,  
Virtud sera poner en escritura  
Victorias de los nuestros, ó sus daños:  
Comenzaremos pues por el altura  
Y los que son allí sus aldeaños,  
Para que por su parte se concorden  
Mis versos, y procedan segun orden.

Está la Trinidad en ocho grados,  
La cual sabemos ser así llamada  
De los tres altos montes y collados  
Que la hicieron ser tan afamada;  
Golfo de Paria tiene por sus lados,  
Es de bocas del Drago rodeada,  
Y de Cubagua dista tal asiento  
Cuarenta leguas mas á barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones  
De muchos alimentos abundosa,  
Tiene zavasas, rios, mar, ancones,  
Y en muchas partes selva montuosa:  
Son grandes y estendidas poblaciones  
De gente por extremo belicosa;  
Todos en general de buenos gestos,  
Altos, fornidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente  
Compite con caribes inhumanos,  
De minas apariencia competente  
Muestran así las sierras como llanos:  
Es esta fértil isla finalmente  
Buena para poblarse de cristianos,  
Contiene dos provincias singulares  
Camucuraos y otros chacomares.

La de Camucurao poseía  
El diestro Baucunar, hombre valiente;  
Y á los de Chacomar también regia  
Mariana, cacique prepotente:  
Entre estos dos la isla se partía,  
Y entrambos la mandaban juntamente;  
Han hasta nuestros tiempos defendido  
Los indios con gran fuerza su partido.

Siendo la isla tal cual os enseño  
Y aquestos dos señores del estado,  
No era la conquista para sueño  
Sino para varón de gran cuidado;  
Y así por ser capaz vino Sedeño  
Por su gobernador y adelantado,  
El cual antes de aquesto que publico  
Fué contador real en Puerto-Rico.

Hombre pequeño fué, de buen talante,  
De grata condicion y generosa;  
Mas en su pretension tan gran gigante  
Que tenia lo mas por poca cosa;  
Y así determinó pasar delante  
Demandando conquista peligrosa,  
La cual el rey le dió, porque sabia  
Lo mucho que su fama prometia.

Despachos y poderes todos hechos  
Con la conversacion á todos blanda,  
Incita voluntades, mueve pechos,  
Para venir á esta su demanda:  
Previénesse de armas y pertrechos,  
Congrega capitanes de su banda,  
Vinose recta via desde España  
Para poner en Paria su compañía.

Puerto de Turpiare se decia,  
Cuya gente de indios es tratable,  
Con terminos de noble hidalguía  
Y á nuestros españoles amigable:  
Hay á la Trinidad de travesía  
Una legua, que es siempre navegable;  
Allí con la posible lijereza  
Mandó hacer Sedeño fortaleza.

De gentes y pertrechos principales  
En ella recogió lo conveniente,  
Quedando por alcaide Joan Gonzalez,  
Un hombre para ello suficiente;  
Y con los marineros y otros tales  
A Puerto-Rico fué derechamente,  
Para ver sus haciendas y ganado  
Y revolver mejor aderezado.

De la tierra de Paria ya nombrada  
Después de ya Sedeño ser ausente,  
Llegó Diego de Ordás con un armada  
De quien hemos tratado largamente:  
Tomó la fortaleza pertrechada  
Y la demás hacienda con la gente;  
De aquí nacieron bandos impacientes  
Entre estos capitanes y sus gentes.

Después de mucho tiempo ya pasado  
Y trastornadas tierras y naciones,  
Al don Diego de Ordás ir fué forzado  
A Cubagua con ciertas pretensiones:  
Y apenas á la tierra fué llegado  
Cuando le ponen ásperas prisiones:  
Haciéndole probanzas y procesos  
Segun pintar quisieron los escesos.

Ser Sedeño la trama deste lienzo  
No lo tenía yo por maravilla,  
Por ser amigos desde su comienzo  
El y los moradores desta villa.  
Prendióle Pedro Ortiz el de Matienzo,  
Y él mismo lo llevo hasta Castilla;  
Mas antes de llegar al primer puerto  
Echaron al Ordás en la mar muerto.

Preso Diego de Ordás, Sedeño vino  
Sin esperar á mas inconvenientes,  
Y su venida fué cuando convino  
Por faltar tropezones diferentes:  
Hizo por Margarita su camino,  
Do recogió soldados excelentes,  
Arando va las inquietas aguas  
Con ciertas carabelas y piraguas.

Hecha por el armada ya su via  
Una piragua queda rezagada,  
Aviada por Pedro de Alegria  
Con gente valerosa y esforzada;  
La cual con el olaje que hacia  
Fué de las bravas ondas anegada,  
Y de la cantidad de los soldados  
Los nueve sumergidos y ahogados.

Martin Yañez Tafur por menos daño  
Asióse luego bien de la piragua,  
Nadaba por allí Joan de Avendaño,  
Martin Lopez batalla con el agua:  
Viase Peñalver en el engaño  
Con otros seis ó siete de Cubagua;  
Salieron con la fuerza de sus brazos,  
Ya de cansados hechos mil pedazos.

O por el arenal ó tierra dura,  
Se tienden de cansados y molidos,  
Llorando cada cual su desventura  
Por verse sin reparo de vestidos;  
Pero de suficiente vestidura  
En breve tiempo fueron socorridos,  
Y sin tener cabal matalotaje  
Tornaron otra vez á su viaje.

Remedian y reparan la piragua  
Los dias que estuvieron descansando,  
Y á vista de la isla de Cubagua  
A tierra firme van atravesando:  
Entrábaseles grandes golpes de agua  
Que sin intermision van jamurando,  
Y con aquel peligro descubierto  
Fué Dios servido que tomasen puerto.

Varada la piragua y en Opaco  
El Tafur y Avendaño desté cuento  
Determinaron ir á Cariaco  
Para buscar algún mantenimiento;  
Mas cierto Villagrán, peor que Caço,  
Con otros que le van en seguimiento,  
Dieron con los restantes que dormian,  
Quitándoles lo poco que tenían.

Porque, segun dijimos, estas gentes  
Que fueron por allí moro sin dueño,  
Eran parcialidades diferentes,  
Unos de Ordás, y otros de Sedeño;  
Y así sin mas mirar inconvenientes  
Se robaban despiertos, ó con sueño,  
Teniendo los peones y jinetes  
Cada dia trescientos repiquetes.

Venidos el Tafur y el Avendaño,  
Con los otros hicieron sentimiento,  
Por haber recebido tanto daño  
En tiempo de tan grande corrimiento;  
Y así movidos de furor extraño  
Tras el Villagrán fueron al momento,  
Porque para cogellos con el lance  
No sufría tardar en el alcance.

En todas cosas nada negligentes  
En busca dellos van y del armada,  
Y estando los que buscan della absentes  
Hallaron la piragua deseada,  
Cargada de pertrechos suficientes  
Y de mantenimientos abastada;  
Mitigaron la hambre y el enojo  
Con tomar mejorado su despojo.

Satisfacer la hambre temeraria  
Tenian por allí por bien supremo,  
Y al Villagrán y á todos los de Paria  
Pesóles del negocio por estremo:  
Tras ellos mandan ir gente contraria  
Porque los ven pasar á vela y remo,  
Estotros por huir su perdimiento  
Ganaron por sudor el barlovento.

Seviendo pues la barca perseguida  
De la gente de Paria ya nombrada,  
Vieron los que buian su guarida  
Que fueron los qavios del armada:  
Sedeño se holgó con su venida,  
Pesóle de la nueva desgraciada,  
Y los demás trabajos y desmanes  
Destos dos principales capitanes.

Dentro de su navio los encierra,  
Y allí les hizo dar buena merienda,  
Alistan los pertrechos de la guerra  
Por ir donde no hay quien mal se venda:  
Llegados á la isla toman tierra,  
Y nadie se halló que la defienda,  
Mas no por esto tal Sedeño quiso  
Que punto se viniese sin aviso.

El campo se veló de buena gana  
Estando cada cual apercebido;  
Mas luego como vino la mañana  
Oyóse de cornetas gran ruido,  
Y gente que cubria la zavana,  
Con temerosa grita y alarido:  
Con tanta furia vienen escuadrones  
Que tiemblan los mas fuertes corazones.

Como leones fieros van bramando  
Contra los peregrinos navegantes,  
Vianse los plumajes ondeando  
Y aquellas estaturas de gigantes:  
Aguilas en los pechos relumbrando  
Que de riqueza muestras son bastantes,  
Los arcsos entesados á los pechos  
Camino de los nuestros van derechos.

Como los vió venir acia la playa  
Y descender al llano de la sierra,  
Comienza de decir un atalaya:  
«Arma, arma, que gentes hay de guerra;  
Y aun es bien menester que esfuerzo haya,  
Pues viene sobre nos toda la tierra.»  
Causaron estas voces alboroto,  
Y no de confusiones muy remoto.

El Antonio Sedeño diligente,  
El alboroto viendo repentino,  
Vistióse de sus armas prestamente  
Sin priesa que cause desatino:  
Formó los escuadrones de su gente  
Segun le pareció que mas convino,  
Sacólos á la gente que venia,  
E yendo caminando les decia:

«Señores, estos indios yo sospecho,  
Que nos vienen á dar tiento de cuenta,  
Y tengo por concluso nuestro hecho,  
Si desta vez salimos sin afrenta:  
Por tanto, cada cual muestre su pecho  
Ajeno del temor desta tormenta,  
Pues que todos sabemos á la clara  
La furia de los indios en qué para.»

Otras animosísimas razones  
El Antonio Sedeño les hablaba,  
Con que los mas eobardes corazones  
A hechos valerosos levantaba;  
También regian estos escuadrones  
Martin Yañez Tafur, Suero de Nava,  
Peñalver, Martin Lopez y Tinoco,  
Y aquel Pero Fernandez el tococo.

No tienen arcabuces los cristianos,  
Y falta la carrera del jinete;  
Pero viendo ya todos cercanos  
Cada cual de las partes arremete:  
Lléganse piés á piés, manos á manos,  
Este y aquel victoria se promete,  
Disparan la potente flecheria,  
Con grita que la isla se hundia.

Las españolas manos prevenidas  
Comienzan á herir de las espadas,  
Una vida vendiendo por cien vidas  
Con grandes y terribles cuchilladas:  
Las ropas en la sangre van teñidas,  
Las manos ansimismo rubricadas;  
Mas tantos naturales son venidos,  
Que no hacian mella los caidos.

Ansí como furor del avenida  
Fuera del curso viejo derramada,  
Que lleva gran madera recogida  
De las riberas verdes despegada;  
Y aquella furia grande concluida  
Aquí y allí la veis amontonada,  
Dejando con horrruras algun vado  
O paso con los troncos ocupado:

Ansí por los caminos mas abiertos,  
O do solia ser mas ancha plaza,  
Estaba tal rimero de hombres muertos,  
Que los guerreros vivos embaraza;  
Encima dellos andan bien espertos  
Los arcsos, las macanas y la maza,  
De tal manera ya, que los soldados  
No se pueden mover de fatigados.

Mas el Martin Tafur y el Avendaño,  
Con otros cuya fuerza fué notoria,  
Hacian por su parte tanto daño,  
Que por allí cantaban la victoria;  
Mas acudiendo con furor extraño  
Quitóles Baucunar aquella gloria,  
El cual hizo con muchos indios diestros  
Perder sus venimientos á los nuestros.

Un poco desviado dél empieza  
Con sus cuadrillas á probar la mano  
Un hermoso gaudul que en breve pieza  
Lo de mayor defensa hizo llano:  
Con diadema de oro la cabeza,  
Cuyo golpe no deja hueso sano,  
Esforzado se muestra y eminente,  
Y síguelo gran número de gente.

Con el avilantez desta presencia  
Mostraron mas en claro su coneto,  
Haciendo mas pesada la pendencia,  
Poniendo mas temor al mas discreto;  
Hízose la posible resistencia  
Por los que se veian en aprieto;  
Y estos, viendo del indio los extremos,  
Decian: este cumple que matemós.

Uno, teniendo pues certeza rara,  
Previno de balasta los pertrechos,  
Al fin de derribar al que no para  
De matar y hacer heroicos hechos;  
Y fué Joan Sanchez, que con una jaray  
Lo traspasó por medio de los pechos;  
El indio capitán en aquel punto  
Cayó con los demás allí difunto.

Aqueste de la vida despedido  
No fueron estas gentes tan molestas,  
Antes cesó la grita y alarido  
Y el eco de los valles y florestas;  
Echaron luego mano del caido,  
Y á porfia lo llevan á sus cuevas:  
Tal pena desta muerte recibieron  
Que dejaron los nuestros, y se fueron.

Un continuo llorar, un gran abinco  
Al claro percibían los oídos,  
Y al sentimiento dellos es propinco  
El mal con que los nuestros son punidos;  
Pues eran dellos muertos veinte y cinco  
Con otros mas de treinta mal heridos,  
Y de mas mal Sedeño les escusa  
Pensando ser la guerra ya conclusa.

Entendióse que del furor malino  
Aquel rebato fuera lo postrero;  
Pero contrario desto les avino  
A causa del difunto caballero:  
El cual de Baucunar era sobrino  
Y de sus tierras todas heredero,  
Y así juró durar en sus rigores  
Hasta sacrificar los matadores.

El campo de los nuestros recogido,  
Sedeño les habló con gran cordura,  
Velóse de la fuerza del vencido  
Por no tener la suya por segura;  
Curáronse las llagas del herido,  
Al muerto dió terrena sepultura,  
Tuvieron cuantos son en el estancia  
Toda la noche grande vigilancia.

No daba resplandor el turbio cielo  
A los que por allí vela hacian,  
Y así cualquier ruido pequenuelo  
Pensaban ser los indios que venian:  
Unos y otros duermen con recelo,  
Aunque mas cierto es que no dormian,  
Y no fueron de balde los temores,  
Segun diré después á mis lectores.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo los indios revolviéron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla.

El radiante Febo presuroso  
Dejaba ya las ondas de Oceano,  
Despiden soporifero reposo  
Los soñolientos ojos del humano;  
El corvo labrador y congoso  
A su justa labor vuelve la mano,  
Y todos los indios escuadrones  
Acuden á sus altas pretensiones.

Cada cual dellos iba bien armado  
Deste crecido número de gente,  
Pintaronse de negro y colorado  
Desde los bajos piés hasta la frente:  
El que es de todos mas acobardado  
Pudiera ser tenido por valiente;  
Y el fuerte Baucunar que los regia  
Dicen que les habló por esta via:

«Antes que deste puesto nos partamos,  
Soldados valerosos y hombres diestros,  
Aqui estos sucesos que esperamos  
Los dioses no permitan ser siniestros:  
Es menester mirar á lo que vamos,  
Y cuáles enemigos son los nuestros;  
Pues el acometer sin este peso  
Pareceria ser falta de seso.

» Tambien será razon consideremos,  
Antes de efetuar nuestra partida,  
Los respetos por donde nos movemos  
A nos poner en riesgo de la vida:  
Que bien sucederá si los vencemos,  
O que mal si volvemos de vencida,  
Pues todas estas consideraciones  
Avivan los mas muertos corazones.

» Entended pues que vamos á la guerra,  
Y no por pasatiempos ni placeres,  
Sino para morir por nuestra tierra  
Defendiendo los hijos y mujeres;  
Y para no huir de sierra en sierra  
Por no cumplir ajenos pareceres,  
Sobresaltados, flacos, sin consuelo,  
Por cama principal el duro suelo;

» Y porque no murais en granjerias,  
Que solo las pensar dá grave pena,  
Trabajando las noches y los dias  
Con sujecion de todo bien ajena:  
Do las mas descansadas pasadas  
Serán cepos y grillos y cadenas,  
Como sabeis muy bien los que por agua  
Huisteis algun tiempo de Cubagua.

» Demás desto debeis de parar mientes  
A las cosas de nuevo sucedidas  
En padres, deudos, hijos y parientes  
Que perdieron ayer sus dulces vidas:  
Veis huérfanos los niños inocentes,  
Viudas mil mujeres y perdidas,  
Ois lloros, sollozos y gemidos  
Que hieren y lastiman los oidos.

» Por semejante modo yo queria  
Que estas cosas así consideradas,  
Considerádeses la valentia  
Destas vellosas gentes y barbadas,  
Cuan lejos de piedad y cobardia  
Ejecutan los golpes sus espadas,  
Para que quien temor tuviere dellas  
Procure desde luego de no vellass.

» Quien mal sintiere destos pareceres,  
Y contra voluntad aquí se halla,  
Imaginando que de sus placeres  
Hoy podria quedarse del agalla,  
Sirva de lo que sirven las mujeres,  
Y no procuren ir á la batalla,  
Pues si por muchos hemos de ser menos,  
Mejor será llevar pocos y buenos.»

Un indezuelo dellos, como suele,  
Teniendo las palabras por amargas,  
Dijo: «ninguno siento que recite  
Esta ferocidad de barbas largas:  
Pues con las que yo solo les repele  
Entiendo de hacer un par de cargas,  
Haremos cuenta ser magüey, que saca  
Un indio para hicos de hamaca.»

La vana hinchazon anda barata,  
La cual por uno y otro se derrama,  
Y á la resolucion de que se trata  
Es vil aquel que mete menos llama;  
Cada cual dellos echa la bravata  
Como galán delante de su dama,  
Al que mas mozo es y al menos loco  
El mundo todo le parece poco.

Porque ni son primeros ni postreros  
En padecer los mismos accidentes:  
Iguales eran todos en los fieros,  
Y en presuncion y punto de valientes;  
Partieron pues de solos los armeros  
Dos mil aventajados combatientes  
Contra los españoles, cuya cuenta  
Eran ciento con mas otros cincuenta.

Vista de Baucunar la grave saña,  
Con que su gente va contra la nuestra,  
No consintió salir á la campaña  
El golpe todo desta gente diestra:  
Antes metió los mil en la montaña,  
Y de los otros mil hizo la muestra,  
Mandándoles que queden embarcados,  
Y salgan cuando fueren avisados.

Con este presupuesto se desvia  
Estimulado de furor terrible;  
Tenian españoles un espia  
Que en dar aviso hizo lo posible:  
Sedeño recogió su compañía,  
Poniéndola por orden conveniente;  
Los indios, conociendo ser sentidos,  
Dieron acostumbrados alaridos.

Aunque vieron el campo bien armado  
Con muestra de temores alcahueta,  
No hay tigre ni leon encarnizado  
Que con tan grandes furias arremeta:  
El indio de temores olvidado,  
El español á miedo se sujeta,  
El impetu fué tal y tan constante,  
Que todo lo llevaba por delante.

Como pluvia que baja de ladera,  
Causada de grandisima crecencia,  
Que roba cuanto tiene la ribera,  
Y arranca los peñascos juntamente,  
Aqui va derribando la acera,  
Y por allí la mas segura puente,  
Causando tal temor á los humanos,  
Que les fallecen fuerzas, piés y manos:

Así fué nuestra gente rebatida  
En el primer rigor destas contiendas,  
La fuerza del estancia va rompida,  
Derribados los toldos y las tiendas:  
El esperanza ya casi perdida  
Con sus pertrechos, ropas y haciendas,  
Y algunos, compelidos del encuentro,  
Entraban por allí la mar adentro.

A voces el Sedeño les decia:  
«Furia de indios es, comilitones,  
Que como flaca llama se resfria  
Si hay ardor en nuestros corazones;  
Pero si flojedad y cobardia,  
Son mucho mas que tigres y leones,  
Y llevan, como es cosa notoria,  
Hasta lo mas estremo la victoria.

» Encomendados á Dios como cristianos,  
Y erie sus furros impaciencia,  
Porque para quedar vivos y sanos  
Es menester briosa diligencia:  
Confianza de Dios y de las manos,  
Haciendo la posible resistencia,  
Pues contra los que corren tan sin freno  
No conviene tenellas en el seno.»

Al tibio corazon fueron espuelas  
Estas palabras y otras esforzadas:  
Embrazan los escudos y rodelas,  
Esgrímense las armas afiladas:  
Furor y saña van á todas velas,  
Teñidas andan todas las espadas,  
Los mas flojos andaban diligentes,  
Que el miedo y el temor hace valientes.

La furia de los indios los aprieta,  
Y los indios son dellos apretados,  
Tanto que mucha parte se quieta  
Por ver aqui y allí despedazados:  
Mas Baucunar, tocando su corneta,  
Salieron los que estaban emboscados,  
Con tal y tan cruel arremetida,  
Que fueron muchos nuestros sin la vida.

Renúevase la grita y alaridos  
Con la que de refresco les venia,  
Los nuestros de temor son poseidos,  
Y cada cual al mar se retraia;  
Mas viendo que los llevan ya vencidos  
Martin Yañez Tafur los detenia,  
Remediaban también estos desmanes  
Joan Avendaño y otros capitanes.

Estos, como varones singulares,  
Sin dar lugar á revolver la frente,  
Buscando los mas cómodos lugares  
Donde mejor valerse desta gente,  
Tomaron por respaldo los manglares,  
Y allí se refirieron fuertemente,  
Y á causa de las grandes espesuras  
Tenian las espaldas mas seguras.

Con mas seguridad se defendian,  
Y flacos y heridos amparaban,  
Pues entre tanto que unos competian,  
Los otros algun tanto descansaban;  
Y los de los navios que esto vian  
Los tiros que tenian disparaban,  
El daño de los cuales no fué tanto,  
Que sirviese de mas que gran espanto.

Mas aunque les causaban desatino  
Aquellas balas algo peligrosas,  
El bravo pelear era continuo,  
Y no cesaban furias belicosas,  
Hasta que ya la noche sobrevino,  
Haciendo por allí treguas forzosas;  
Así que les sirvió lo mas oscuro  
A nuestros españoles de seguro.

Por no ser de los indios pensamiento  
De pelear allí con escurana,  
Se despidieron todos con intento  
De luego revolver por la mañana;  
Mas era diferente sentimiento  
El de toda la gente castellana,  
Porque de sus difuntos hecha cuenta,  
Hallaron ser arriba de cincuenta.

Tomaron pues consejo cuerdamente  
Diciendo ser inútil esperanza  
Querer sobrepujar tan poca gente  
Caciques de tan áspera pujanza;  
Y como tiempo vieron competente  
Salieron del lugar de la matanza,  
Y así sus marineros convocados  
En breve tiempo fueron embarcados.

Todos amedrentados de la rota,  
Aunque cubiertos de nocturno manto,  
A tierra firme llevan su derrota,  
Al puerto que se dice Puerto-Santo;  
Dentro del cual surgió la breve flota  
No libre de heridas ni de espanto,  
Mas voluntad de todos bien ayuna  
De volver tentar á la fortuna.

Al Antonio Sedeño todavía  
Ningun contraste destes embaraza,  
Ni deja reposar su fantasia  
Por dar á la jornada mejor traza;  
Antojándosele que con porfia  
Se suele muchas veces matar caza,  
Y no parecer bien en paz ó guerra  
Dejarse de poblar aquella tierra.

Viendo que remediar aqueste daño  
Agora no podia fácilmente,  
Ordenó que el Tafur y el Avendaño  
Volviesen á San Joan á hacer gente;  
Quedándose él con el demas rebaño  
A los tales designos impaciente,  
Pues los enfermos y aun la gente suelta  
Quisieron con aquestos dar la vuelta.

Con el Joan de Avendaño referido  
Se partió quien él quiso que partiése,  
Y con la mas gente detenido  
Guardó la pretension de su interese;  
En mil vacilaciones divertido  
Sin atinar á cosa que cumpliese,  
Hasta tanto que dió, no como ciego,  
En una cosa que diremos luego.

## CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fue á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustín Delgado, y revolvió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció.

Mudan el parecer sabios varones  
Y dan la vuelta muchas voluntades,  
Y suelen á los fuertes corazones  
Domar y domeñar necesidades:  
También los bien medidos en razones  
Acaban importantes amistades;  
Pues la palabra blanda nos concede  
Lo que la dura pocas veces puede.

Sedeño fué negocio manifiesto  
Estar en estas cosas advertido,  
Al cual le convenia hacer esto  
Para restauracion de su partido  
Y del se conoció tal presupuesto  
En lo que hizo viendo perdido,  
Que fué sagacidad de su cosecha  
Que para sus designos aprovecha.

Sabia residir en esta era  
En Turpiar atras conmemorado,  
El capitán Alonso de Herrera,  
Varon en mil conquistas señalado:  
Era de los de Ordás, y en su bandera  
Mandaba buenos Agustín Delgado,  
En quien podré decir que cabia  
Urbanidad, valor y valentia.

Sedeño destes trances bien esperto,  
Conociendo ser cosa necesaria,  
Quiso hacer con estos su concierto,  
Aunque parcialidad era contraria:  
Dejó por estas causas este puerto,  
Y fué con los navios al de Paria,  
Adonde sin haber desembarcado  
Reconocieron ir desbaratado.

Estando pues aquestos en espera,  
Y no sin el reguardo conveniente,  
Tomaron los navios la ribera,  
Saltó luego Sedeño con la gente;  
El Agustín Delgado y el Herrera  
Allí lo recibieron blandamente,  
El parabién le dan del bien venido  
Y el pésame del daño recibido.

Luego con cortesano cumplimiento  
Y con respeto grande fué melido  
Adonde le tenian aposento  
Segun sus fuerzas pobres prevenido;  
Y de su no cabal mantenimiento  
Con sana voluntad bien proveido,  
Donde todos los dias le servian  
Con aquellos regalos que podian.

Él con encarecidos cumplimientos  
Agradecia tales amistades,  
Y con obras, facecias, bellos cuentos  
Iba ganándoles las voluntades;  
Teniales á todos muy contentos  
Con palabras y liberalidades,  
Por ser de buenas partes una fuente,  
Gracioso, liberal y hombre valiente.